

Los *Diarios* del maestro Altamirano

Ángel José Fernández*
Universidad Veracruzana
angel.fernandez.arriola@gmail.com

Resumen: Pretendo realizar un análisis desde la perspectiva autobiográfica al conjunto de “carnets” y “diarios” del maestro Ignacio Manuel Altamirano, cuyo *corpus* ha llegado hasta nosotros de manera fragmentaria y tardía. La idea de llevar un diario surgió en el escritor en 1863, cuando por motivos de la Invasión francesa a México y el establecimiento del Gobierno Imperial de Maximiliano el grupo liberal seguidor del presidente Benito Juárez, al que pertenecía, abandonaba la capital con el propósito de mantener incólume los Poderes políticos. Altamirano había sido hasta ese momento un actor de la vida pública como periodista, funcionario, legislador y escritor. Altamirano, por instrucción superior, toma las armas y con el grado de coronel emprende una campaña por el sur de la República; incursiona en las costas Chica y Grande de Guerrero; y luego cumplirá otras comisiones igualmente de orden suprema. En sus *carnets* y *diarios* haría el registro de su participación en la guerra, de su actuación en los años de paz y finalmente en sus años como diplomático en España y Francia. La escritura de estos documentos fue intermitente y en parte se han perdido; pero lo rescatado por Catalina Sierra y Nicole Giron en el tomo XX de las *Obras completas*, bajo el título general de *Diarios*, nos permite establecer diversas categorías del discurso: como una escritura íntima, personal y confidencial, pero también como una proyección de la personalidad del escritor y como una doble posibilidad de discurso: como desplazamiento y «ensoñación», como registro del acontecer y como manifestación del deseo.

Palabras clave: Diarios – Intersubjetividad – Planeación – Escritura – Composición

Abstract: I intend to do an analysis from the autobiographical perspective of the “carnets” and “diaries” of professor Ignacio Manuel Altamirano, whose corpus has arrived to us late and in fragments. The idea of carrying out a diary

***Ángel José Fernández** es licenciado en Letras y doctor en Historia, investigador y profesor en la Facultad de Letras Españolas, en la Maestría en Literatura Mexicana y en el Doctorado en Literatura Hispanoamericana de la Universidad Veracruzana (México). Además de varios libros de poemas, ha publicado la edición crítica de la *Poesía* de Enrique González Llorca [1870-1929] (2008), la edición en facsímil, con prólogo e índices de *Violetas. Periódico literario (Veracruz, 1869)* [2008], el prólogo y la edición de *Memorias* de fray Servando Teresa de Mier (2009) y, en colaboración con Leticia Mora Perdomo, de la edición crítica del *Romancero de la Guerra de Independencia* (2010). El Colegio de San Luis publicará este año su edición de *Poesía lírica* de Manuel Eduardo de Gorostiza [1789-1851], y tiene en preparación la de *Poesía* de Laura Méndez de Cuenca [1853-1928] y la *Obra española* del jesuita novohispano Juan Luis Maneiro [1744-1802]. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y al Programa de Mejoramiento al Profesorado de la Secretaría de Educación Pública de México.

came up on the writer in 1863, when, for motives related to the French invasion on Mexico and the establishing of the Imperial government of Maximiliano the liberal group follower of president Benito Juárez, to which he belonged, abandoned the capital with the purpose of maintaining the political Powers undamaged. Altamirano had been until that moment an actor of the public life as a journalist, public servant, legislator and writer. Altamirano, by superior instruction, takes arms and with the coronel rank sets out on a campaign south of the Republic; launches on the *Chica* and *Grande* coasts of Guerrero; and will later achieve other commissions of superior orders. In his carnets and diaries, he would do a register of his participation in the war, of his actions in the years of peace and finally in his years as a diplomat in Spain and France. The writing of these documents was intermittent and have been partly lost; but what was rescued by Catalina Sierra and Nicole Giron in the XX volume of *Obras completas*, under the general title of *Diarios*, allows us to establish several categories of the discourse: like intimate writing, personal and confidential, but also like a projection of the writer's personality and like a double possibility of discourse: like a shift and "daydream", like a registry of the happenings and like a manifestation of desire.

Key Words: Diaries – Intersubjectivity – Planning – Writing – Composition

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) fue librepensador, polígrafo, hombre de armas, actor público y, hacia el final de su vida, diplomático de México. Nació en Tixtla, hoy Estado de Guerrero, el 12 de diciembre de 1834, y murió en San Remo, Italia, el 13 de febrero de 1893, víctima de la tuberculosis.¹ Durante su existencia ejerció el periodismo como cronista, corresponsal y crítico de las artes y la cultura; pero se abstuvo de arreglar para la imprenta obras de tipo y contenido político. Poco se sabe, por ejemplo, de su papel como masón, sociedad a la que perteneció desde su juventud, donde alcanzó el grado 33 y de la que llegó a ser el venerable gran maestro de la Gran Logia del Valle de México, desde donde ejerció el oficio de la política, que

¹ Transcribo su partida de bautizo, nunca antes publicada, ya que esclarece el día de su nacimiento, que no ocurrió el 13 de noviembre –como se había creído– sino el 12 de diciembre de 1834:

En esta Iglesia Parroquial cabecera de partido de esta ciudad de San Martín Tixtla, a trece de diciembre de mil ochocientos treinta y cuatro años. Yo don Antonio [Cristóbal de los] Reyes [Gallardo], cura propio de esta feligresía, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a Ignacio Homobono Serapio de un día nacido, hijo legítimo de Francisco Altamirano y de Juana Gertrudis Bacilio; fueron sus padrinos Manuel Dimas Rodríguez y su mujer, Juana Nicolasa López, todos de esta ciudad; les advertí su obligación de enseñar la Doctrina a su ahijado y el parentesco espiritual que contrajeron con él en primer grado y con sus padres en segundo, y lo firmé [*Libro de Bautismos (que comienza el 8 de junio de 1834)*, partida sin número, f. 24 r.]

además practicó en la esfera pública como legislador, magistrado y presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.²

Altamirano es conocido y reconocido como escritor costumbrista: publicó *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México* [1884]; como crítico literario que generaba opinión preparó artículos, crónicas, prólogos y reseñas, que José Luis Martínez compiló *La Literatura Nacional* [1949]; como poeta, Altamirano fue autor del volumen *Rimas*, única compilación de su poesía [primera edición, 1871; quinta, 1903]. Se le ha reconocido como narrador (quizá sea *El Zarco* la mejor de sus novelas, impresa en forma póstuma [1901], aunque junto a ésta se han reeditado desde su aparición dos de sus obras cortas más importantes y leídas: *Clemencia* [1869] y *Navidad en las montañas* [1871]) y desde luego por habersele considerado como el «maestro», porque además de la cátedra, que ejerció formal e informalmente a lo largo de los años, fue ejemplo y guía de los jóvenes escritores nacidos en la República Mexicana hacia la primera mitad del siglo XIX, y porque gracias a su visión y convocatoria, lograría reunirse a los escritores de todas las edades y de todos los credos en el primer proyecto nacional unificador que consolidó el programa de la literatura mexicana.

Esto ocurrió al darse en el plano político el proyecto de la Restauración de la República, luego de superar la invasión territorial por parte de Inglaterra, Francia y España, luego de liberarse de la invasión del Ejército francés y del mando Imperial de Maximiliano de Habsburgo. Entonces, el maestro Altamirano convidó a la clase intelectual a la concordia, organizó las Veladas Literarias en 1868, con lo que transformó en pública una actividad que hasta esos días se había realizado en el ámbito de lo privado y sin ninguna planeación institucional, y porque al año siguiente fundó y dirigió el periódico *El Renacimiento*, que resultó ser el espacio de la reunión y del respeto a todas las posibilidades de la creación literaria y el pensamiento ideológico.

² En *La República*, papel que dirigía el propio Altamirano, se dio aviso el 26 de febrero de 1881 que había resultado electo diputado federal por el primer distrito electoral del Estado de San Luis Potosí. Ver recorte de este impreso en Centro de Estudios de Historia de México, Carso, fondo DCCCVI-4, carpeta 1, documento 2-5.

Altamirano había dicho en su «Primera revista literaria», fechada en 1868:

Decididamente la literatura renace en nuestra patria, y los días de oro en que Ramírez, Prieto, Rodríguez Galván, Carpio, Pesado, Fernando Calderón y Payno, jóvenes aún, iban a comunicarse en los salones de Letrán, hoy destruidos, sus primeras y hermosas inspiraciones, vuelven ya por fortuna para no oscurecerse jamás, si hemos de dar crédito a nuestras esperanzas [1868 3].

Este trabajo revisará en forma sucinta un grupo de escritos poco estudiados: la hechura y características textuales y temáticas de sus *Diarios*, integrados por fragmentos, algunos incluso rescatados, que habían permanecido inéditos hasta 1951, y que se hallaban diseminados en “carnets”, cuadernos y libretas. Fueron dados a conocer como primicias al público por una de sus descendientes, Catalina Sierra Casasús, quien seleccionó una primera muestra bajo el título “Altamirano íntimo”, que fue impreso en *Historia Mexicana* [1951 96-103]; luego *La Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, con el consentimiento de Sierra Casasús y bajo la coordinación de Gastón García Cantú, divulgó estas y otras partes de sus *Diarios* [“Páginas íntimas” 1969 edición íntegra], y que después se reprodujeron en un pequeño volumen que dio a la estampa el Gobierno del Estado de Guerrero [*Páginas íntimas* 1978], hasta que, finalmente, apareció lo que podemos denominar su *Diario*, es decir, el conjunto de sus páginas íntimas que han sobrevivido a la incuria y los descuidos del tiempo, que fue publicado en el tomo XX de sus *Obras completas* [1992]. Todas las citas que se consignan en este trabajo han sido tomadas de esta edición.

Altamirano compuso sus *Diarios* entre 1864 y 1892. Se trata de un segmento vital relativamente amplio: su escritura abarca 28 años, casi la mitad de los años que vivió, y que al mismo tiempo constituyen su etapa de madurez como hombre, periodista y escritor. Los textos sin embargo tienen una doble característica de discontinuidad: su “apatía” le impidió tener asiduidad y disciplina en su preparación; y por esto mismo lo imposibilitaron para “llevar con exactitud y constancia” los pormenores de sus viajes por la República [1992 17].

Redactó otros *Diarios*, uno que abarca los años 1869-1871, o sea la época de la paz que se dio tras la Restauración de la República, pero en la que reaparecieron las discordias civiles debido a la lucha del poder entre Juárez, perpetuado en la silla presidencial, y sus enemigos, quienes solicitaban la alternancia en el Poder Ejecutivo. Otro de los *Diarios* fue escrito con los acontecimientos del año 1877; todavía hubo un cuarto texto de esta índole, que escribió en 1879, y finalmente lo que ha tocado a su “carnet de Europa”, que incluye las vivencias últimas de su devenir en el mundo y que arregló en París, a partir del 19 de septiembre de 1889. Este *Diario*, que es el más abultado y completo, incluyó la breve estancia de trabajo en el Consulado de México en Barcelona, su retorno y reinstalación consular en la embajada de México en París, y que culminó con las entradas de febrero y marzo de 1892, donde registró el acontecer parisino, lleno de presagios, presentimientos y ajustes de cuentas [1992 490].

Es muy probable que, en su estancia de retiro en San Remo, Italia, durante los meses de diciembre de este último año citado y los primeros días del año siguiente, los postreros de su vida, Altamirano haya retomado sus manuscritos para, otra vez, y otra, corregirlos, enmendarlos, retocarlos. Tal parece que nunca llegó a estar conforme con el conjunto y los pormenores de su redacción.

El «maestro» había compuesto en 1864 unos “Diarios de viaje”, en los que relató, a cuentagotas, su experiencia como coronel del Ejército al servicio del grupo liberal. Había sido destacado por Benito Juárez para realizar un reconocimiento de los territorios norteños y sureños del país, hasta que recaló en las costas Chica y Grande del actual Estado de Guerrero, el entorno natal.

El coronel Altamirano hizo el recorrido desde las estribaciones de la Sierra Madre Occidental hasta el litoral del Pacífico, durante la República itinerante, pero en el relato de sus *Diarios* solamente consideró una parte de su experiencia miliciana. En la entrada primera de este *Diario*, Altamirano ha confesado que, durante el año 1863, había tomado apuntes de su recorrido “desde México hasta Acapulco y de allí a San Luis Potosí, Durango y Mazatlán”; pero los había “perdido”. E inmediatamente aclaró a continuación:

“mi viaje puede completarse con la narración contenida en una carta dirigida al *Nigromante*, mi maestro, y que publicó el *Semanario Ilustrado*” [1992 17].

Esta declaración del autor permite suponer que había tomado notas y realizado apuntes con la intención de preparar un “Diario de viaje”; además escribió la referida carta a Ignacio Ramírez, el *Nigromante*, fechada en Colima, el 25 de febrero de 1864, donde había plasmado con bastante amplitud y detalle su experiencia [*Semanario Ilustrado* 6 noviembre 1868 6-7; y 20 noviembre 1868 37-39]. Años después, Altamirano tendría la intención de arreglar sus *Diarios*, seguramente con el propósito de publicarlos, pero se frenó de todo punto a causa de su ya indicada “apatía”, motivo que recorre todas sus páginas biográficas. Además, como lo señaló en el segundo párrafo de la entrada a que se ha hecho referencia, tenía el plan de “escribir en cartas” sus recuerdos de viaje, pero todo lo interrumpió por motivo de su “pereza” [1992 17].

Este *Diario* y los otros que han llegado hasta nosotros cumplen con las reglas de “fragmentarismo” propias del género; en su cuerpo pervive la “incoherencia a nivel textual” que implica la composición de un diario, aunque subsisten las referencias “a una situación vital concreta” y resulta atendible “lo abreviado de la información”. Los *Diarios* mantienen, asimismo, la inconsistencia respecto del “concepto de totalidad” propio de la obra literaria [Picard 1978 115-122]. Todas estas condiciones y características nos permiten afirmar que, en una primera instancia, el autor compuso sus diarios sin la intención de darlos a las prensas.

A pesar de lo dicho, puede establecerse con el conjunto de manuscritos sobreviviente un sistema de entrecruzamientos, de carácter tanto intratextual como extratextual. En la entrada del 28 de marzo de 1864, que relata la llegada a la Hacienda de Coacoyul, propiedad de don Vicente Amaro –quien se había hecho rico como recolector de perlas–, Altamirano anotó: “Las sirvientas me recordaron a las criadas de los patriarcas de la Escritura. Una de ellas era una negra lindísima que llevaba en el cuello una soga de perlas y en las orejas grandes pendientes de oro” [1992 22-23].

Esta vivencia lo impulsó a escribir su idilio “La flor del alba”, fechado en ese mismo año de 1864, que incorporó a sus *Rimas* desde la primera edición:

Entonces, niña hechicera
de la choza en el umbral
asoma, que *Flor del alba*
la gente ha dado en llamar.
El candor del cielo tiñe
su semblante virginal,
y la luz de la modestia
resplandece en su mirar.
Alta, gallarda, y apenas
quince abriles contará;
de azabache es su cabello,
sus labios bermejos, más
que las flores del granado,
la púrpura y el coral;
si sonríen, blancas perlas
menudas hacen brillar.
[*Rimas* 1871 7-8].

El poema se ha tornado en confirmación de lo copiado en su “Diario de viaje”. En la entrada del 27 de junio de 1864, el coronel Altamirano relató su estancia en Pueblo Viejo, Guerrero, que duró desde finales de junio “y hasta el 12 de julio”. El día 2 de este mismo mes y año fechó uno de sus poemas emblemáticos, el titulado “El Atoyac”, que significativamente dedicó al general Vicente Riva Palacio, su compañero de armas y letras [*Rimas* 1871 33-37]. Más tarde, pero dentro de la misma campaña político liberal, el militar visitó Tixtla, su pueblo natal. Allí pasó unos días, e incluso fue “nombrado orador cívico” en la festividad del 16 de septiembre de 1866, en que se recuerda el hecho histórico conocido como el Grito de Dolores, por haberse dado en la parroquia de ese pueblo del Estado de Guanajuato, durante la madrugada, por el cura Miguel Hidalgo y Costilla, con el que convocó a los indígenas y criollos a sumarse a la insurgencia contra el autoritarismo español, acción que dio paso al proceso de la Independencia de México. En su diario, el «maestro» acotó como irónico comentario lo pronunciado en su discurso cívico: “todavía está sonando en las orejas del bajá” [1992 43-44].

Los *Diarios* que siguen a los ya comentados, y que corresponden tanto al periodo 1869-1871 como al año 1877, manifiestan en todo momento las crisis por las que atravesó Altamirano en el debate de la vida pública. Concluida la guerra contra los franceses, procesado y fusilado el emperador Maximiliano y Restaurada la República en junio de 1867, el país se abismó en una nueva lucha fratricida. Se trataba ahora de la desbandada del grupo liberal, pues frente a la actitud dictatorial del presidente Juárez y su asociación con Sebastián Lerdo de Tejada, el grupo del general Porfirio Díaz contraatacó en el proceso electoral, donde Juárez se impuso de nueva cuenta como Presidente de la República y, para conseguirlo, dirigió una campaña de represión armada en muchos puntos del país.

Los «puros», es decir, los liberales que habían acompañado a Juárez en el periplo de la Intervención francesa y el segundo Imperio, entre ellos Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Alfredo Chavero e Ignacio Manuel Altamirano, le dieron entonces la espalda al estadista: la mayoría de la inteligencia nacional tomó su distancia, otros más de esta misma clase fueron condenados al ostracismo; unos y otros, al sentir la represión bélica y política, se volcaron hacia la vida privada, escolar e institucional, luego se parapetaron en el seno de las logias masónicas, con la requerida discreción, y más tarde, ya en el fragor de la lucha que amenazaba discordia civil y revolución, desde la esfera pública, sobre todo desde las redacciones de los periódicos y desde la plataforma del naciente partido político comandado por Porfirio Díaz, en donde buscaron sitio y acomodo.

Altamirano se refugió en la hechura del proyecto cultural de Díaz, como ya se ha dicho, pero en el fuero interno se debatía en crisis permanente. Por eso escribió, en la entrada de su *Diario* del 22 de mayo de 1869: “¡He vacilado tanto para comenzar a escribir estas páginas! ¿Es que tenía yo algún motivo para encerrar en el interior los secretos de mi pobre vida?” Volvió a echarle la culpa a la “pereza” que lo consumía. Y enseguida anotó: “hay algo pesado como el plomo que embarga mi cerebro. Decididamente el tedio mina mi existencia, el desengaño ha segado en flor mis esperanzas, tengo hielo en el corazón”. Altamirano sentía la muerte próxima. El cielo estaba “nublado”, su

alma “eternamente triste”. El diarista sentenció: “Voy dejando de ser joven. Tengo treinta y cuatro años, seis meses y diecinueve días”. A continuación dijo: “La política me tiene sin cuidado. La literatura me entretenía hace algunos meses. Ya me va fastidiando”. Y a continuación comentó: “Apenas me conmueven las actrices y las cantantes de la zarzuela; pero las olvido pronto [...] Hoy la pólvora parece mojada. Mil miradas no bastan a producirme más que un calor tibio y pasajero” [1992 50-52].

Culminó la confesión con esto: “Hoy redacto en jefe *El Renacimiento*, periódico de literatura que fundamos Gonzalo Esteva y yo como editores y que está redactado por los primeros literatos de México. Ayer lo vendimos a los impresores Díaz [de] León, White y Compañía, y clavamos una pica en Flandes” [1992 54].

El 8 de julio de 1870 asentó en la intimidad de su diario:

me consumo devorado por el tedio, por el desencanto de una vida sin horizontes, de una juventud que se marchita, de una lucha en que se quebrantan las fuerzas [...] Amo la libertad y no la encuentro, no siendo los hombres que me rodean más que déspotas o esclavos [1992 68-69].

Y al día siguiente confesó: “Comienzo a arreglar honestamente mis papeles, mis versos y mis cuentas, porque creo y nadie me quita de la cabeza esta idea: que no acabo el año presente” [ibídem]. Sólo lo sacó del tedio y su marasmo la reaparición en México de Maura, con quien había tenido tratos íntimos durante el año 1867 y a quien ahora recuperaba como amiga. A poco del reencuentro, Maura le dijo que había llorado con *Clemencia*, a la que le había dado lectura, como señaló Altamirano en su diario: “dos veces y la noche en que se la regalé”. Y anotó más adelante: “¡Oh!, Maura es siempre la mujer de corazón, la mujer tanto tiempo soñada” [1992 78].³

Altamirano se dedicó al periodismo «cultural» y se refugió en la vida privada. Participó sin embargo en la estrategia de Porfirio Díaz para competir

³ Maura Ogazón se casó a los 24 años de edad en la Catedral de Guadalajara con el pintor José Pamplona, el 14 de abril de 1867. En el acta asentó el cura: “vivió ocho meses en México y un año en San Francisco, California” [*Libro número 27 de Matrimonios del Sagrario de Guadalajara*, partida sin número, f. 203 v.].

por otro periodo constitucional en la Presidencia, ya que su sucesor, el general Manuel González, estaba a punto de concluir su mandato. Altamirano fundaría en consecuencia logias masónicas, con exclusivo propósito electoral, en distintas partes de la República. En las entradas del 16 de febrero y 22 de marzo de 1879 dejó constancia de haber escrito en este sentido a los orientes de Toluca, Tulancingo, Veracruz y Campeche, lo mismo que a Juan de Dios Peza, que entonces colaboraba en la legación mexicana de Madrid, con la autorización para que fungiera allá en España como Gran Garante de las nuevas logias mexicanas [1992 179].

Durante la última etapa de su vida, que pasó en Europa, el «maestro» dio comienzo al más extenso y completo de sus *Diarios*, que encabezó con el título “1889” y el subtítulo “Notas de París”. Escribió al principiarlo, pero no de primera mano sino en el momento de los retoques para la imprenta: “comienza el 19 de septiembre de 1889 y no fue llevado con regularidad, ni continúa el anterior, porque tampoco lo llevé con constancia”: he aquí la idea rectora de sus *Diarios*: eran, además de íntimos, la voz escrita de su ostracismo político.

Al reanudar la redacción de su *Diario*, el 26 de octubre siguiente, ya en Barcelona, lo encabezó con el título “Tomo 1º de los *Diarios*” [1992 185]. Sus anotaciones redundan alrededor de unos pocos temas: el trato con escritores y amigos (especialmente el proceso de la producción editorial de los varios tomos de *La Linterna Mágica* de José Tomás de Cuéllar, que éste le había encomendado a su hermano masón), las incidencias de su función burocrática como cónsul de México (sea en Barcelona sea en París), las reseñas de su esporádica vida social y bohemia, y sobre todo con un par de motivos tan secretos como íntimos: la mala salud de su esposa Margarita Pérez Gavilán y, subrepticamente, los relatos de la imparable pérdida de su propia salud. Menudean en su residencia las visitas del médico para darle atención a su mujer, harto frágil, endeble, y para auxiliarla a cualquier hora del día durante sus frecuentes crisis; también abundan las visitas que el matrimonio Altamirano Pérez Gavilán realizaba al gabinete de su médico de cabecera; pero para que atendieran solamente a su esposa, nunca a él.

Sorprende lo prolijo de este tipo de asentamientos como de igual forma la aparición de los indicios, cada vez más frecuentes, de la mala salud del escritor, aunque a veces velada en el discurso del asiento, sobre todo a partir de lo redactado en 1890. El 14 de febrero de dicho año apuntó: “Tomé pues la resolución de irme a París” [219], que cumplió, tras arduos trámites burocráticos, el 21 de abril. La pareja Altamirano Pérez Gavilán llegó a esta ciudad el día 27 [239-241].

Los síntomas de su mal incurable aparecieron en este *Diario* en la entrada del 18 de diciembre de 1890:

Pasé mala noche. A las tres de la mañana me desperté con ligero dolor de estómago [...] Pero ese dolor pasó y comencé a estornudar, me soné y noté que mi pañuelo se humedeció mucho [...] Entonces sospeché que pudiera ser que me saliese sangre de las narices. Encendí un cerillo y, en efecto, me salía mucha y empapé dos pañuelos y arrojé gran cantidad en la escupidera. [...] En fin, pasé mal rato [301].

El día 21 apuntó: “Pasé un rato de enfado o de malestar, pues el frío me hizo mala impresión; pero después de tomar *cognac* y de dormir, me puse mejor” [303]; el domingo 28 acotó: “A las doce tuve un dolorcillo en el costado izquierdo; pero tomé magnesia y se me ha quitado” [305]; al día siguiente apuntó: “Me entró un catarro atroz” [306].

El 9 de enero de 1891, Altamirano pidió a Relaciones Exteriores de México mes y medio de licencia, que pasaría en Italia, cuyo clima iba a favorecer su convalecencia [314]; el día 15, su médico le recetó “quinina para mi neuralgia” [315]. El 3 de febrero, en Roma, durante la visita a la Basílica de San Pedro, apuntó: “Yo me fatigué, pero subí y contemplé desde la ventanilla la más grandiosa perspectiva del mundo italiano, porque después de mi ascensión a la torre Eiffel todo me parece inferior y pálido” [343].

Al besar a su esposa el 1º de enero de 1892, le deseó “un año feliz y el alivio de todas sus enfermedades” [447], y en los siguientes días hicieron su aparición los relatos de sus pesadillas, que atribuyó al catarro. Apuntó el 12 de enero: “he experimentado que siempre que va a darme catarro tengo pesadillas” [451-452], y el 4 de febrero redundó:

Todavía atacado de catarro de un modo fastidioso. Parezco caballo con muermo. Estoy abrumado, sin dolor de cabeza, pero calosfriado, estornudando a cada instante y mojando pañuelo tras pañuelo. Así he inutilizado más de veinte. Es atroz [461-462].

El 7 del mismo mes comentó: “Ningún día había pasado yo en París con esta especie de *spleen*. He pasado días amargos, con cólera, con pena, con ansiedad, con tristeza, pero nunca con el intenso fastidio de hoy” [463] y el martes 9 lo pasó en la cama; pero no tenía “inflamación en los pulmones” [464].

El 24 de marzo escribió:

Llegar a mi casa y volverme el ataque del estómago, todo fue uno. Estuve bien malo, no quise tomar nada y me acosté, pero no para dormir sino para pasar la más mala noche de mi vida. Me levanté más de treinta veces, sufriendo atroces dolores cólicos. Y ni modo de llamar un médico [...] No dormí un segundo [486].

Y, el lunes 28, señaló: “Estoy mejor, con un vago dolor solamente en el estómago” [487]. Por fin, el jueves 31 de marzo de 1892 suspendió la escritura de sus *Diarios* [489-490]. Vendría a continuación la pausada, lenta agonía, que ya no relató.

Puede señalarse, para concluir, que Ignacio Manuel Altamirano comenzó a redactar sus *Diarios* de manera incidental, íntima y, en apariencia, sin la intención original de publicarlos, más bien como un desahogo frente a la crisis personal y política. Tiempo después rectificó en sus propósitos y comenzó a trabajarlos y corregirlos, inclusive a reescribirlos, para proponerlos a algún editor. Esta operación de perfeccionar sus manuscritos rompió con la informalidad intersubjetiva de su redacción y pretendidamente los convirtió en un original para ser impreso, aunque su proyecto de publicarlos fracasó a causa de la gravedad de sus padecimientos. El motivo de esta notable transformación fue su silencio público, y cada vez con mayor ansiedad y tedio, en razón de que el régimen había tomado el rumbo de un nuevo totalitarismo. Todo parece indicar que en esta etapa de trabajo y depuración se hallaban los materiales íntimos cuando el autor agotó sus energías y al poco tiempo sería derrotado por la tuberculosis. Al acaecer su fallecimiento los *Diarios* se

quedaron en estado intermitente, inconclusos y dispersos, hasta que en 1951 fue impresa una primera selección.

Bibliografía

Altamirano, Ignacio Manuel. *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México* [Primera serie]. México: 1884.

------. *La Literatura Nacional*, 3 vv. Edición de José Luis Martínez. México: Editorial Porrúa, 1949. (Colección de Escritores Mexicanos).

------. *Rimas*. México: Edición de *El Federalista*, 1871. Quinta edición: París / México: Viuda de Bouret, 1903.

------. *El Zarco*. México: Tipografía de Ballezá y Compañía, 1901.

------. *Revistas literarias de México*. México: Tipografía de Tomás F. Neve, Impresor, 1868.

------. "Correspondencia entre Próspero y el Nigromante". *El Semanario Ilustrado*. México: Imprenta de J. Fuentes Muñiz y Compañía, t. II (6 de noviembre de 1868). 1. 6-7; [segunda parte y la respuesta del Nigromante]. *Ibidem* (20 de noviembre de 1868). 3. 37-39.

------. "Páginas íntimas". *Revista de la Universidad Nacional*. México: v. XXIV (noviembre-diciembre de 1969). 3-4. Edición íntegra.

------. *Páginas íntimas*. Chilpancingo: Ediciones del Instituto Guerrerense de Cultura, 1978.

------. *Obras completas*, t. XX. *Diarios*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1992.

Libro de Bautismos (que comienza el 8 de junio de 1834), partida sin número, f. 24 r. Archivo Parroquial de San Martín Tixtla, Guerrero.

Libro número 27 de Matrimonios del Sagrario de Guadalajara [que comienza el 1º de febrero de 1861], partida sin número, f. 203 v. Archivo Parroquial de la Catedral de Guadalajara, Jalisco, México.



Picard, Hans Rudolf. "El diario como género entre lo íntimo y lo público". *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*. Madrid (1978). 4. 115-122.

Sierra Casasús, Catalina. "Altamirano íntimo". *Historia Mexicana*. México: El Colegio de México, v. I (julio-septiembre de 1951). 1. 96-103.